

SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

Al cumplirse cien años del nacimiento de Icaza, nos encontramos ante el centenario de un desconocido. La tradición no suele preocupar a los escritores mexicanos de hoy que se refugian en el cómodo desdén de toda o casi toda la literatura que los precede — en particular la del siglo XIX o la que se escribió en las dos primeras décadas del XX. Las causas de esta situación, que nada tiene que ver con la más estéril de las pugnas literarias: la del nacionalismo y universalidad, requieren por su denso carácter un examen que algún día debe intentarse. Mientras tanto, “la moda inocente y con frecuencia útil de los centenarios”, engendra ciertos lapsos adecuados para que una parte de esta tradición aparezca como por conjuro durante algunos días y se borre después o pase al limbo de los archivos o de las historias. Por éstas y otras razones el escritor en nuestro país sólo puede aspirar al conocimiento de la “gloria” al día siguiente de su muerte o cien años después, cuando, suele ocurrir, su obra ya ha perdido vigencia.

En 1963 don Francisco A. de Icaza no es un peligro para la diminuta fama de nadie; entonces ha llegado el momento de alzar la voz y declarar sus merecimientos. No es necesaria la lectura atenta de sus libros: hay en el lenguaje hecho de nuestra crítica una serie de frases y tropos de dicción que sirven indistintamente, que toman la forma del vaso que las contiene y nos permiten sentar plaza de generosos y conocedores... Acaso sean injustas estas palabras y los centenarios tengan la firme utilidad de enseñarnos lo que no debiéramos ignorar. Tal vez al celebrar estos cien años comencemos a redescubrir esa tradición (aprendida y olvidada en las escuelas por culpa de los métodos que, casi siempre, compiten en hacer detestable la literatura mexicana), esa tradición de la que forma parte un escritor, un crítico, un poeta que, más allá de toda discrepancia, merece el homenaje, la lectura.

El conocimiento de Icaza no es difícil ahora. Hay en la Biblioteca del Estudiante Universitario unas *Páginas escogidas*, que en el 58 prologó y seleccionó Luis Garrido. El año pasado, dentro de la colección de Escritores Mexicanos (Editorial Porrúa), Ermilo Abreu Gómez juntó en un volumen *Lope de Vega, sus amores y odios*, aparecido originalmente en Madrid en un año que no precisa el libro (305 pp., distribuido por la librería “Renacimiento” y que según Garrido es 1919, y según Abreu Gómez, 1925), *Sucesos reales que parecen imaginarios. La crítica en la literatura contemporánea*, y su prólogo al *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España*. Por otra parte, Antonio Acevedo Escobedo organizó en el Departamento de Literatura del INBA tres conferencias relativas a Icaza. En la primera Antonio Castro Leal se refirió a “Francisco A. de Icaza y su tiempo”; después Salvador Novo habló de la poesía de Icaza y leyó algunos de sus poemas; finalmente, Arturo Arnáiz y Freg estudió las relaciones entre “Icaza y los historiadores mexicanos”.

Tales antecedentes pueden llevarnos a esbozar una reseña de la obra de Icaza. Ya Castro Leal y Abreu Gómez han dado en sus ensayos los datos esenciales para la biografía del autor del *Cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva*, y eso nos dispensa de muchos pormenores. Vale la pena recordar, con todo, la imagen de Icaza que fijó Reyes en *Pasado inmediato*: “La verdad es que quien me hizo ‘perder el miedo’ a la figura de Lope de Vega y atreverme a imaginarlo en sus intimidades de hombre

fue el gran mexicano Francisco A. de Icaza, heredero de la deslumbrante tradición del general Vicente Riva Palacio, figura de renacentista en quien revivían y bullían juntas las mejores maneras del Madrid literario a través de todas las épocas. Cáustico y ameno, sabio sin pedantería, experto y fino, se adueñaba de las tertulias y, donde aparecía, daba el tono a las conversaciones. En el Ateneo de Madrid, los jóvenes escritores acudían a la ‘Cacharrería’ para ver cómo el maestro Icaza barría a los necios con su ametralladora de ingenio y buen decir. En eso de ‘sentar las costuras’ a los eruditos a la violeta, no tenía precio. Dotado de cierto molde clásico, de aquella rotundez —entre titubeos y vicisitudes— quisiera ser la nota dominante en la literatura mexicana, sabía organizar sus libros con mano ágil, y tenía, para aquilatar los libros ajenos, una intuición, un primer vistazo que hacían precioso su consejo. No era la suya esa cultura que parece pegada en hojas de papel: la traía en la masa de la sagre. Era amigo solícito, capaz de imponerse verdaderas tareas para auxiliar las investigaciones de quienes le pedían ayuda. Su natural altivez se templaba, pudorosamente, con ternuras nunca confesadas. Una que otra vez, en las polémicas, se le desbordaba el sarcasmo, porque también era irritable; pero no se equivocaba en conjunto para distinguir los verdaderos de los falsos valores, a pesar de ciertas manías contra éste o aquel escritor a quienes no podía sufrir. Su juicio era insobornable: llamaba al pan pan y al vino vino, y éste es el secreto de ciertos resentimientos que por ahí ha dejado.

“A la aparición de sus primeros trabajos cervantinos, Foulché-Delbosc, desde París, había reparado en aquella penetración psicológica de Icaza, matiz nacional característico dentro del conjunto de la erudición hispánica, matiz que lo emparenta, a lo largo de los siglos, con el criollo Juan Ruiz de Alarcón, quien llevó también a la Corte una temperatura distinta. En su reciente obra sobre *Lope de Vega y su tiempo*, Karl Vossler ha sentido la seducción de este modo humano y de contacto directo con que Icaza aborda al Fénix español. Creo sinceramente que no son justos los reparos que hace a este respecto nuestro amigo José F. Montesinos en su reseña sobre el libro de Vossler (*Revista de Filología Española*, Madrid, 1933, xx, Nº 3). Montesinos se deja llevar juvenilmente por la seducción de cierta técnica —la que aprendíamos en el Centro de Estudios Históricos— y tacha lo que está fuera de ella, como los procedimientos interpretativos de Icaza. No todo ha de ser descubrimiento de datos, preocupación por la ‘materia prima’ propia de la era industrial que vivimos. No sea el historiador como el alfarero que se vuelve esclavo de su arcilla. Hay otra novedad, o cualidad mejor dicho, más profunda, y ella está en la inteligencia, en el entendimiento de los asuntos. Claros ejemplos nos ha dado Montesinos en su obra. En este sentido, algunas páginas de Icaza sobre las figuras de la literatura peninsular poseen un valor innegable. Sin ignorar la técnica del cazador de noticias, Icaza era más bien un crítico de saldos humanos. Mucha buena obra nos deja, y más nos hubiera dejado todavía sin los sacrificios de una vida consagrada en su mayoría al servicio exterior de México, y luego, en la vejez, contrastada con las ingratitudes del tiempo. Las cicatrices, los resabios del dolor —había sufrido mucho—, lo hacían pasar por hombre poco bondadoso a los ojos de los ligeros. En verdad, Icaza nunca ‘comulgó con ruedas de molino’, no lo

aprobaba todo; y cuando se le disparaba la vena satírica ya no había manera de contenerlo.”

Desdibujada por el tiempo, la poesía del prosista excelente que fue Icaza todavía se nos muestra, en sus mejores momentos, como un arte menor que puede darnos sobrios registros de belleza y no pocos aciertos expresivos. Pero no es allí donde se encontrará al mejor Icaza: su prosa, en cambio, sigue siendo un ejemplo del lenguaje que conviene al ensayo. Y hay que insistir sobre todo en la actitud crítica de Icaza, quien antes de emprender su obra en firme publicó (1894) un *Examen de críticos* donde comparecen las corrientes y contracorrientes europeas de esa época, en una admirable síntesis de las teorías opuestas o complementarias. Allí declaró Icaza cuál era el camino que iba a seguir en adelante, y no rehusó enfrentarse a la porción de la crítica española que le parecía mayormente digna de censura, así se tratara de Emilia Pardo Bazán o aun Menéndez y Pelayo. Su posición fue, durante años, ejercer el derecho a la crítica con los críticos mismos y no con los creadores. “Por lo cual —escribió— nunca me vi en el trance de amargar el triunfo de nadie —escritor o artista— o de hacer más doloroso su fracaso.”

Al *Examen* sucedieron en la producción de Icaza —alternada con el ejercicio diplomático que lo mantuvo durante varias décadas en España y en ocasiones lo llevó a otros países de Europa— una serie de estudios e investigaciones acerca de Cervantes: *Las novelas ejemplares* (1901), *De cómo y por qué la Tía Fingida no es de Cervantes* (1916), *Supercherías y errores cervantinos* (1917), *El Quijote durante tres siglos* (1918), que, a juzgar por el fragmento que reproduce Garrido, es uno de los libros de Icaza que deben ser reeditados. Por lo que hace a *La Tía Fingida*, no obstante la sólida argumentación de Icaza, posteriormente se ha demostrado que no era erróneo atribuirlo a Cervantes.

Junto con la ingrata y necesaria labor de investigación, Icaza parcamente prosiguió su trabajo poético. Sus libros: *Efimeras* (1892), *Lejanías* (1899) y *La canción del camino* (1905) desembocan en el *Cancionero* que depuró y epilogó su tarea lírica. En los años 1918 y 1919 editó varios tomos de una Antología crítica de poetas extranjeros. De ellos no he leído sino *Hebbel prosista (autobiografía, ideario y filosofía)* y *Nietzsche poeta* con versiones y ensayos del propio Icaza. La colección alcanzó a incluir los *Versos* de Hebbel y una antología comentada de Liliencron y Dehmel. En sus años postreros (aparte de las obras clásicas que prologó y anotó, aparte de *La universidad alemana*, una traducción de Turguenev y discursos y artículos), Icaza dio a la imprenta sus dos libros más importantes: *Sucesos reales que parecen imaginarios, de Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán; Lope de Vega, sus amores y sus odios*. Según sus palabras, el crítico mexicano escribió siempre “con amor y conocimiento”, y el carácter polémico de estos libros entrañaba el afán de poner las cosas en su auténtico sitio y destruir errores y arbitrariedades académicas. No es extraño que, a la luz de los contemporáneos métodos de investigación, tales obras puedan aparecer inconsistentes; pero la única manera honesta de apreciarlas será, como es obvio, verlas dentro del ámbito y las intenciones con que fueron escritas. No es desdeñable la cualidad de Icaza para hacer atractivos y hasta amenos temas de suyo pertenecientes a la más árida erudición; de modo que los indoctos podamos leer con gusto páginas que se suponen escritas sólo para el especialista.